

# APUNTES

4.

1.º de Octubre de 1931

*Viejos apuntes, de eterna actualidad.*

## *Viajes de Antenor por Grecia y Asia*

*Manuscrito griego del Herculano. Edición de 1840.*

I

### *De la muerte*

En aquel tiempo me notició la muerte de Aristipo una carta de mi querida Lastenia. “Quince días há—me decía—que aquel digno amigo, aquel filósofo apreciable, dejó de pensar y de vivir. Te envió una relación de su muerte que coordiné luego que me lo permitió el dolor. El paso de la vida a la inexistencia excita la curiosidad y la atención de los hombres, cuando el que lo da es un gran personaje. Así que Aristipo creyó su muerte inmediata, intimó a su médico que le declarase sin rodeo cuánto tiempo podría vivir. El médico, viendo su firmeza, le dijo que dentro de algunos días estaría muerto o curado. “Ya entiendo, le replicó Aristipo: queréis decirme que pronto iré a juntarme con mi maestro Sócrates, y con aquella Lais cuya hermosura y entendimiento inflamaron tantos corazones y trastornaron tantas cabezas, no siendo hoy más que un frío polvo. Es una grande y

hermosa idea la de nuestra reexistencia, porque lisonjea el amor propio, nos sostiene en las aflicciones, y suaviza el penoso camino que nos lleva a la muerte". Su Esculapio le aconsejó que no se detuviera en pensamientos tan lúgubres. "No temáis—le dijo—que me atormenten los terrores de la muerte: yo sé apreciar. Según Píndaro, *es el sueño de una sombra*. Amiga mía estimada, añadió hablando conmigo, yo te he enseñado a vivir, y quiero enseñarte a morir. Ignoro qué es lo que venimos a hacer a este globo; pero mientras Carón dispone su barca a efecto de pasarme, yo me quiero ensayar a dar un ligero salto para tomarla, con la idea de que el fin de mi viaje se parezca a la noche de un bello día".

Puso orden en sus negocios con admirable presencia de espíritu, se hizo seguidamente transportar a su jardín, que estaba en las puertas de la ciudad, y mandó colocar su cama enfrente de la ventana, para gozar—decía—todo el tiempo que pudiera, de la vista del campo y del atractivo de su verdura. Adornó su cuarto con ramas de árboles y con vasos de flores. Prohibió que, según los estilos ridículos, entristeciera la oscuridad su habitación. De día estaba alumbrada por el claro sol, y de noche la luz reflejada de muchas hachas suplía la claridad del día. Habiendo notado lo apesadumbrada que yo estaba, me preguntó de este modo:—"¿Por qué os afligís? ¿Sabéis si la muerte es un mal o un bien? El tiempo que separa al que muere del que le sobrevive, es sobrado corto para que merezca excitar vuestros pesares. Con tan sosegados ojos debe mirarse el flujo y reflujo de las generaciones, como la sucesión de las olas del mar o la de las hojas de los árboles. ¿Qué importa que aparezcan o desaparezcan individuos? La tierra es un teatro en que los actores y

la decoraciones no son más que sombras fugitivas y cuadros movientes. La agregación de los átomos que forman mi individuo va a descomponerse: aquéllos van a modificar otros cuerpos, mas lo que formen, ya no será yo, mi identidad será destruida. He gozado, visto y apurado todo: ya no sabría cosa que fuese nueva para mí, ¡y quién sabe, si viviera yo más tiempo, cuál sería mi destino! Quiero, pues, terminar mi vida como digno jefe de mi secta. He enviado a buscar unas cantarinas; que entren". Entonces empezó un pequeño concierto. Una de las cantoras cantó, acompañándose con su lira, la pasión que Narciso concibió hacia sí mismo . . . Acabada esta canción, entró el médico, y Aristipo nos precisó a que cenáramos junto a su cama. Ordenóle el Esculapio un cocimiento de yerbas. "No más remedios! exclamó el enfermo: no quiero cosa que sea amarga ni desagradable. Beberé con vosotros vino de Lesbos". Añadió sonriéndose: "¿Creéis que si sacrificara un gallo y una cordera negra al Dios de Espidauro, me volvería la salud?—Todo lo pueden los Dioses, le respondieron.—Estoy conforme; pero soy demasiado modesto para exigir de ellos que trastonen la economía del universo y su inmutable plan, por un atomillo como yo. Invocaré únicamente al Dios Mercurio, conductor de las almas, para que dé un buen alojamiento a la mía" . . . . .

## II

### *De la democracia.*

. . . Pocas noticias te daré relativas al gobierno y a la política. El pueblo siempre es el mismo, esto es, se deja

adormecer por el manejo y por las adulaciones de sus demagogos. En tiempo de Solón, atendía el pueblo a sus ocupaciones diarias, y su personal interés le desviaba de ir a gastar su tiempo en las juntas generales. Desde que obtuvo el derecho de asistencia, corre a ellas en tropel, y aparta con insolencia a los ciudadanos distinguidos, los cuales hacen calle para no verse expuestos a humillaciones y a violencias. Pasa los días enteros en las plazas públicas, oyendo a los novelistas, y preguntando qué hay de nuevo. Este pueblo es sensible, pero ligero, distraído, disipado y crédulo. En este instante hay fermentación y tumulto, que son los frutos infalibles de un estado democrático. La democracia es el reinado de los malos.

### *De Benjamín Constant*

*(Hacia 1830)*

La mejor legislación es nula cuando no se halla garantizada por una buena organización política, así como no hay libertad civil cuando la constitucional no la sostiene con su amparo. No hay duda que aun en los países donde reina la arbitrariedad no se invaden todas las libertades civiles de los habitantes, así como en los Estados del gran señor no se cortan todas las cabezas; pero basta que sea posible la invasión y que no haya medio de reprimirla, para que desaparezca la seguridad.

\* \* \*

La legislación, así como el gobierno, no tiene más que dos objetos; el primero prevenir los desórdenes interio-

res, y el segundo, rechazar las invasiones extranjeras: fuéra de estos límites todo es usurpación.

\* \* \*

Hay en la historia de todos los orígenes hechos primordiales cuya causa, así como la de la existencia, no debe buscarse. La existencia es un hecho que debe admitirse sin necesidad de explicarlo. Cualquier tentativa de explicación nos inclina a esta dificultad trivial y burlesca, pero que no por eso dejar de provocar el raciocinio; ¿la gallina ha precedido al huevo, o éste a aquélla? El único filósofo que se haya expresado con sensatez sobre esta materia es el que dijo: nosotros seguimos a los que nos preceden y precedemos a los que nos siguen.

\* \* \*

Una ley contra el asesinato y el robo que castigue acciones determinadas, no podría ser más que demasiado indulgente o severa; pero no podría formarse en sentido opuesto a su objeto. Una ley para impedir la decadencia del comercio o la paralización de la industria corre riesgo de tomar por medios de fomento los que no lo son: creyendo fomentar el comercio puede destruirlo, y deseando favorecer la industria puede crearle obstáculos.

\* \* \*

Si el legislador no tiene el privilegio de distinguir mejor que los individuos sometidos a su poder lo que es favorable, ni lo que es dañoso, ¿qué ganamos en beneficio de la felicidad, del orden o de la moral con extender sus atribuciones?

\* \* \*

Uno de los artificios del poder consiste en representar siempre la legislación, el gobierno y el manejo de los negocios como un cargo muy difícil, y la muchedumbre lo cree, porque da crédito con bastante docilidad a lo que se le repite: los depositarios del poder ganan en ello, pues se dan la importancia de ingenios profundos por el mero hecho de que están encargados de tan arduas funciones. Hay que notar en su charlatanismo que al paso que establecen el principio, combaten con todas sus fuerzas su más rigurosa consecuencia. Si el ejercicio del poder requiere tanta capacidad, ¿no es claro que debiera confiarse al más capaz? Los dueños del mundo están muy lejos de consentir en ello. Cuando se complacen en hacerse admirar, hablan de los obstáculos que tienen que vencer, de los escollos que evitan, de la perspicacia, de la prudencia y de las luces superiores de que deben estar dotados. Pero cuando venimos a concluir que es preciso averiguar si en efecto poseen esas grandes luces, esa perspicacia y prudencia, entonces toman otra actitud, afirmando que el gobierno les corresponde, cualesquiera que sean los límites de sus facultades: que es su propiedad, derecho y privilegio . . .

\* \* \*

Ténganse leyes positivas (dando a esta expresión el sentido en que la emplea el marqués de Mirabeau, las que se limitan a la conservación), porque no puede existirse sin ellas. Abstengámonos de leyes especulativas, puesto que no son necesarias.

Deséchese, sobre todo, con gran cuidado el pretexto común de todas las leyes de esta última especie: la alegación de la utilidad. Admitida una vez, caeremos a pesar de nuestros esfuerzos en todos los inconvenientes inse-

parables de la fuerza ciega y colosal creada con el nombre de legislación.

Para todas las órdenes y prohibiciones pueden hallarse motivos de utilidad; prohibir a los ciudadanos salir de sus casas sería útil, pues se impedirían de este modo todos los delitos que se cometen en los caminos públicos; obligar a todos a que se presenten por la mañana ante el magistrado sería útil, pues se descubrirían más fácilmente los vagamundos y salteadores que se ocultan para asechar las ocasiones de hacer el mal. Con esta lógica se habría transformado la Francia hace veinte años en un vasto calabozo.

\* \* \*

Un inglés de mucha instrucción me dijo cierto día las siguientes palabras: "En la Cámara de los Comunes la oposición es mucho más ilustrada que el ministerio; fuera de ella la parte instruida del pueblo inglés es más culta que la oposición?"



### *Con ocasión de la muerte de don Federico Tinoco Granados*

Tomamos del *Diario de Costa Rica*, de 8 de setiembre de 1931, la siguiente conversación, hermosamente iluminada por la alta espiritualidad de don Julio Acosta:

El ex-presidente de la República don Julio Acosta se hace esperar poco rato; mientras llega, los ojos del periodista se ponen a escudriñar el despacho del hombre a quien va a entrevistar.

Cuelgan de la paredes retratos: el de Leonardo da

Vinci, el de Beethoven, el de Wagner, el del famoso Conde de St. Germain. En mesas y escritorios hay libros amontonados; en los estantes hay libros en el desorden de quien acostumbra tener trato íntimo con ellos. La curiosidad nos lleva a manosear los volúmenes. Allí está la obra de Fülöp Miller acerca de los jesuitas que tanto intrigara hace pocos años al público europeo. Allí está la vida de Eliphaz Levi, el célebre "maestro" de los teósofos de hoy y que vivió en el siglo diecinueve. Sorprende encontrar entre estos volúmenes el folleto "Páginas de ayer" que Federico Tinoco publicó en París en marzo de 1928.

Es precisamente de Federico Tinoco de quien le habla al periodista el ex-presidente Acosta. Del ex-presidente de la República don Federico Tinoco. Porque don Julio Acosta narra los hechos que llevaron a la presidencia a Tinoco y declara que *"en las elecciones a que Pelico convocó, el pueblo costarricense indiscutiblemente lo ungió Presidente de la República"*.

*"Después fue, dice, que ocurrió algo muy interesante. Triunfó el empeño de hacer como si Tinoco no hubiese existido, como si su gobierno no hubiera tenido existencia real"*. La ficción legal hace recordar maneras que inventaron los juristas romanos. La observación no la externa el periodista. A medida que don Julio va hablando, su bella voz va empapándose de emoción. *"Los teósofos creemos, dice, que no es posible que en esta vida tan corta pueda el hombre cerrar un período completo. Nacemos ignorantes, e ignorantes bajamos al sepulcro. La vida es muy escaso tiempo para aprender a vivir siquiera. Ello nos ha inducido a creer que el ego, la personalidad, no se pierde con la muerte, sino que subsiste. La vida tiene*

finalidad, propósito, el telos de los griegos. Y el ego re-encarna, para reparar errores, para ensayar de nuevo su perfeccionamiento. Federico Tinoco, y su hermano Joaquín, ese bello hombre, fueron, a mi juicio, espíritus medioevales, o del Renacimiento quizás, que reencarnaron en Costa Rica. Aquí eran algo extraño. Tenían ánimo que no es ni ha sido de este país ni de esta época moderna. Eran señores de los de castillo sobre colina rocosa, de los de aventuras en caminos azarosos, de los de fácil ira y de altanero gesto.

La muerte de Pelico me ha impresionado más de lo que yo creí. Lo vi en París hace pocos años y llamaron en extremo mi atención su interés por los asuntos de Costa Rica y la calma y serenidad con que hablaba de los hechos y las personas del tiempo en que él actuó. No le oí nunca una palabra airada o rencorosa, y supe que hacía esfuerzos por conquistar la paz interior y elevarse un poco por sobre la superficie de los hechos para penetrar en el mundo trascendente de las causas.

Su espíritu caballeresco y medioeval lo hizo exagerar sus responsabilidades políticas y personales, y lo arrastró a los sucesos que todos conocemos. Sus errores fueron hijos de su carácter fogoso y violento, y sus iras se amansaron y apagaron una vez que la vida, para darle su lección indeficiente, lo hirió con el rigor que ella acostumbra, rigor que depura y abrillanta las almas de los hombres para conducirlos a la suprema realidad.

Dicen "que no hay una vida tan limpia en la que no pueda hallarse alguna sombra; y que en la más oscura, buscando bien, no sería difícil vislumbrar el resplandor de algún amor desinteresado". Así la vida tumultuosa de Pelico lo condujo sin duda a la violación de muchas

cosas; pero sus afectos íntimos de familia dejan caer sobre él mucho perdón y mucha luz; y su amor a Costa Rica, entendido al modo de su naturaleza indómita y extraña, lo presenta ahora a nuestros ojos envuelto en una aura de doliente simpatía. Y tampoco era todo pecado y culpa en derredor de Pelico, ni todo era gloria y luz en el campo de sus adversarios; porque si de un lado había justificaciones, también las había del otro; si de un lado había impurezas, las había en el otro también. El tiempo hablará, cuando sea tiempo. El tiempo da colorido a muchas cosas, al paso que a otras las deslustra y afea.

Pelico pertenece a nuestra historia, puesto que, de un modo o de otro, escribió un día con fuego una de sus páginas. Las cóleras de un momento dado lo quisieron borrar de una plumada de nuestros anales; pero no es posible destruir lo que existió; y allí está su figura incrustada en la memoria de nuestro pueblo, sin que haya nada en el mundo que pueda arrancarla de allí. Su mismo retrato figurará más o menos tarde en la galería de nuestros presidentes, porque fue presidente conforme a las normas de nuestra constitución; porque borró el pecado original, que no era sólo suyo, con el óleo de la voluntad de los pueblos, como lo borraron otros mandatarios americanos en iguales o parecidas circunstancias. Lo que lo perdía, fue su misma idiosincrasia; se dejó caer en el despeñadero del autoritarismo, y se enajenó, con la misma rapidez con que lo había ganado, el favor popular. Los pueblos no quieren amos, ni les son menester; lo que necesitan son guías prudentes y sabios que los lleven a través de las arenas del desierto. La musa de la historia hurgará en los hechos consumados, sin que en ello ponga amor ni odio, y explicará a los hombres la génesis oculta y secreta de

*mucha acciones humanas que están todavía en la sombra porque no ha llegado la hora de ponerlas a la luz; y la comprensión popular admitirá una vez más que no hay hecho bueno o malo que no venga en fin de cuentas a enseñar más a los hombres y a aumentar el caudal de sus conocimientos y de su felicidad; porque vamos a la luz por los caminos del error, y sólo vemos la luz cuando nuestros ojos han mirado mucho tiempo, con tristeza y dolor, en los abismos de las tinieblas.*

*Sólo respeto me inspira el recuerdo de ese hombre desafortunado que entró ya en el misterio del sepulcro, y mi corazón me dice, sin que mi intelecto encuentre modo de desautorizarlo, que al final del eterno camino que va haciendo el género humano entre delitos, risas, pesares y placeres, no habrá luz ni sombra, ni habrá bien ni mal, sino Amor y Piedad infinitos que lo llenarán todo en el reino sin fin de la Verdad”.*

Al hablar, el ex-presidente Acosta se ha ido como elevando. Pareciera elevarse en cátedra sagrada, dando ejemplo de nobleza de espíritu que ha abolido todo odio. Sus declaraciones provocarán sorpresa enorme. El jefe de la Revolución del Sapoá es quien entona el responso al jefe del tinoquismo, y quien lo vindica ante la historia. Don Julio se da cuenta de ello. Pero por encima de todo está lo que cree verdad. Federico Tinoco, muerto en la pobreza en tierra extraña, ha interpelado “sub especie aeternitatis” a quien capitaneara el movimiento en su contra, y don Julio Acosta no ha titubeado al responder.

---

*Apuntes autobiográficos*

Señor don Elías Jiménez Rojas,  
Presente.

Muy estimado y respetado amigo:

Accedo gustoso a los deseos que se sirve Ud. manifestarme en su atenta de fecha 18 de agosto último, de que escriba mi autobiografía y paso a hacerlo, aprovechando unos apuntes que sirvieron de base para lo que el distinguido poeta don Rogelio Sotela publicó en *Valores Literarios* acerca de mi humilde persona. Naturalmente, he debido adicionar bastante, puesto que aquellos apuntes fueron escritos en el año 1920.

Adjunto encontrará Ud. ese trabajo modesto y sincero. Su afmo. amigo y seguro servidor,

J. M. ALFARO COOPER.

San José, 1º de setiembre de 1931.

*Dejo correr la pluma.*

Nací el 24 de julio de 1861, en esta ciudad. Fueron mis padres: el Lic. don José Joaquín Alfaro Sandoval y doña Cristina Cooper Sandoval, quien falleció a la edad de 18 años, quedando yo de tres.

Mis más lejanos recuerdos me representan a la edad de cuatro años, mimado por mi abuelita materna, doña Margarita Sandoval v. de Cooper, en la ciudad de Cartago, ya en su casa de habitación, ya en el rancho de un molino de trigo que tenía en las afueras, o viviendo con mi excelente padre, quien permaneció viudo diez años hasta su muerte al cumplir los cuarenta y siete. Con él

vivía, unas veces en la ciudad de Alajuela, de donde era nativo, y otras en esta capital, cuando desempeñaba el cargo de Magistrado de la Corte Suprema de Justicia.

Estando con mi abuelita, hacía mi soberana voluntad y gozaba de magnífica salud; mientras que al lado de mi padre sufría de tristeza y hasta me enfermaba, pues estaba absolutamente sólo con él, sin persona alguna de la familia, en una época de la vida en que tanta falta hacen el cariño y los cuidados de una mujer, sobre todo de la madre; me hacía particularmente gran falta la compañía de niños de mi edad. Esto contribuyó mucho para formar el carácter retraído e insociable que aún conservo a los setenta años.

Observación curiosa: en tres generaciones, (un siglo), no nació una mujer en la sucesión directa de mi abuelo paterno, pues ni mi padre, ni yo, ni mis hijos hemos tenido hermanas.

Siempre fui muy aficionado a tratar con las gentes más humildes; los pordioseros, particularmente, eran mis mejores amigos y recuerdo muy bien a una pobre anciana llamada la Olalla, a quien visitaba y leía algunos libros. Carecía ella de todos los dedos de las manos y se decía que había tenido lepra.

Tuve muy buena memoria, pero poca retentiva, de modo que aprendía con facilidad; pero olvidaba pronto.

Me cupo en suerte recibir clases de historia, matemáticas, etc., de don Francisco Picado, en mi concepto el mejor profesor de segunda enseñanza que he conocido en el país.

A los doce años, con motivo del fallecimiento de mi padre, me llevó definitivamente mi abuelita, a vivir con ella, a Cartago, y continué mis estudios de segunda en-

señanza en el Colegio de San Luis Gonzaga de los señores Ferraz y después de los R.R.P.P. de la Compañía de Jesús, de quienes recibí gratis los gastos del internado durante los dos últimos años. Allí obtuve el título de Bachiller a los diecisiete.

Fui buen estudiante de filosofía y matemáticas; pero nunca me dieron buenas notas en historia, geografía y demás asignaturas en que es preciso ejercitar la memoria.

Vine después a esta ciudad para seguir estudios de derecho, a los que no tuve la menor afición, si se exceptúa el derecho natural. Pude entonces conocer a los profesores don Salvador Jiménez, autor del único texto de derecho civil en aquel tiempo, y al Lic. don Pedro Pérez Zeledón, que tenía a su cargo el derecho natural y lo explicaba a maravilla.

Terminé mis estudios teóricos en tres años y me preparaba para presentar el examen de Bachiller en Leyes, cuando contraí una seria enfermedad que me obligó a abandonar la carrera y a hacer un viaje a Europa, gracias a la generosidad de la señora doña Inés Bolandi, quien había casado en segundas nupcias con mi tío don Ricardo Cooper, mi segundo padre.

Tuve afición a la literatura, al verso principalmente, y fueron mis profesores don Juan F. Ferraz y el R. P. Cáceres, notable orador sagrado.

Compuse en el Colegio mis primeros versos, dedicados a mi madre, a quien no había conocido, composición que no conservo. De 1880 a 1883 me consagré especialmente a mis aficiones literarias y publiqué la mayor parte de mis viejas estrofas, de un sabor acentuadamente melancólico y amatorio. Mi última composición fue escrita

con motivo de la muerte del malogrado poeta Juan Diego Braun. Desde esa fecha estuve 20 años sin escribir ni un solo verso, hasta 1914 en que dediqué unos "A mi esposa" y abrieron brecha a una nueva serie de composiciones, casi todas consagradas al *dulce hogar*.

La primera selección de mis versos se publicó en un número de *Ariel*, por el año 1912, y una colección completa en otro de los *Anales del Ateneo*, con el título de "Viejos Moldes", en 1914; después he escrito y publicado, los siguientes libros: *La Epopeya de la Cruz*: primera parte, "La Divina Infancia", 1921; segunda parte, "Vida Pública de N. S. Jesucristo", 1923, y tercera parte, "Pasión y Muerte de N. S.", 1924. *Al Margen de la Tragedia*, 1923. *Cantos de Amor y Poemas del Hogar, Ritmos y Plegarias, Orto y Ocaso*, en 1926.

Debo consignar que pude hacer la publicación de *La Epopeya de la Cruz*, libro que ha merecido una bendición de Su Santidad y elogios de algunos literatos, gracias a la generosidad de don José María Arias, quien lo hizo con la condición de que, *si había ganancia sería para mí, y en caso de pérdida, la sufriría él*. Si Monseñor Stork, de imperecedera memoria, hubiera vivido algunos años más, habría yo recibido decidido apoyo de ese Ilustre Prelado. Del clero de este país es justo que mencione al R. P. Rosendo de J. Valenciano, por el empeño que se dignó poner en la venta y la lectura de ese largo poema.

Estuve en Europa tres años y medio, particularmente en París, Bruselas y algunas ciudades de Alemania, Suiza, España e Italia, y regresé en 1888.

Pasaré por alto unos amores locos, nada platónicos, que tuve en la capital francesa y mis impresiones al visitar las mencionadas ciudades y sus más importantes

edificios y museos. Recordaré sí que en Europa tuve la dicha de conocer a don Manuel María de Peralta, quien me distinguió mucho y recorrió conmigo varias veces los bulevares de París, ambos del brazo, haciéndome recitar versos de mi cosecha.

Casé en noviembre de 1889, a los 28 años, con Chepita Yglesias Centeno, excelente esposa con quien he sido muy feliz y que me ha dado cinco hijos varones: José Joaquín, Carlos, Roberto, Miguel Angel y Fernando. Los tres primeros se han casado y de esos matrimonios tengo once encantadores nietecitos.

Viene aquí el recuerdo más doloroso de mi vida: la noche del 4 al 5 de agosto de 1922 fue un verdadero espanto para nosotros: mi inolvidable Miguel Angel que acababa de cumplir 22 años, bueno, hermoso y fuerte, uno de mis orgullos de padre, falleció trágicamente en tres o cuatro horas. Este golpe fue tan horrible que cambió súbita y definitivamente el suave aspecto de mi vida, perdiendo así casi todas mis costumbres y aficiones. No sé cómo pude sufrir tan espantosa sorpresa. ¡Que Dios tome en cuenta nuestro inmenso pesar!

Repetiré algo ya publicado por el Poeta Sotela: Nunca he sido ambicioso, ni de gloria, ni de riquezas, lo que puede ser un defecto grave. Me disgusta la vida social (no he asistido jamás a un baile o a un banquete) y sus mentiras, sobre todo las diplomáticas.

De hombre mi felicidad ha consistido en lograr la de mis hijos y disfrutar de los encantos de mis nietecitos y de mi pequeño Benjamín.

Fue mi primer destino el de maestro de escuela en San Pedro del Mojón; fui después auxiliar en la Escuela graduada de Varones de esta capital, profesor en el "Co-

legio Central" que fundó don Leopoldo Montealegre y en el "Instituto Americano" dirigido por don Juan F. Ferraz.

Por ese tiempo me aficioné a la gimnasia de fuerza y alcancé un notable desarrollo muscular que me dió fama en ese sentido.

Después de mi regreso de Europa, fui, durante nueve años, Oficial Mayor del Ministerio de Gobernación, Policía y Fomento, dos años Director de la Tipografía Nacional, tres empleado en los Archivos Nacionales y diez y siete en la Oficina de Estadística, que tuve varios años bajo mi dirección. Cuando me vi obligado a proponer la reorganización de ese Departamento, ocurrió algo que, por lo mucho que me honra y hace también honor a varios empleados de esa oficina, quiero recordar. Poco después del acuerdo referente a dicha organización, apareció en *La Gaceta* otro en que, a petición de las señoritas Anita Pinto y Manuelita Estrada y del joven don Alfredo Lutschauning, se disponía rebajar sus dotaciones para aumentar con esas sumas el sueldo que me correspondía como Director.

Pasé luego a desempeñar un puesto humilde en la Biblioteca Nacional, junto con la Traducción Oficial, pues leía medianamente francés, inglés, italiano, algo de alemán y hasta un poco de ruso. Fui, por último, Jefe de la Sección de Consulados en el ministerio de Relaciones Exteriores, durante varios años, conservando siempre el puesto de Traductor, hasta el año de 1929. Por decreto de 21 de julio de 1928 se me concedió una jubilación vitalicia de ₡ 300 mensuales.

Educado en la práctica de la Religión Católica, por mi familia y por los P. P. de la C. de Jesús, perdí mis con-

vicciones religiosas en el medio ambiente de esta capital saturado de liberalismo, que sembraban por ese tiempo el Dr. Zambrana, un señor Angulo Guridi y otros. Además, influyeron en mí los libros de Hugo, Voltaire, Pelletan, etc., que devoraba con avidez. No obstante, deseaba creer, pero con fe que no riñera con la razón humana. Alejado completamente de las prácticas religiosas estuve como 25 años; leí después obras de espiritismo y asistí a las sesiones que tenían lugar en casa de don Buenaventura Corrales.

Entré luego a la Sociedad Teosófica y volví por último al seno de la Religión Católica, desde hace 18 años próximamente . . . Sería largo de contar el proceso moral y mental que causó esa evolución. . . .

Obtuve, por oposición, el primer premio, en los concursos abiertos para la letra del Himno Eucarístico del Congreso celebrado en 1913 y para el himno "El Buey", consistentes en medalla de oro y cien colones, respectivamente. No soy vanidoso y detesto cuanto se aleje de la línea recta, en particular todo lo que signifique fraude o engaño. Odio el licor, no me gusta el fumado y sufro y hago sufrir con mi carácter violento que se acentúa con la edad y mis años de vida sedentaria.

La cortedad de genio o timidez (que en mí se aviene perfectamente con el mal carácter) ha sido mi nota dominante y me ha obligado a hacer papeles ridículos en sociedad.

He sido absolutamente inhábil para trabajos manuales y he tenido siempre una forma de letra detestable.

Después de mi padre, todo lo debo, particularmente el cariño con que me distinguió, a mi excelente tío don Ricardo Cooper Sandoval, fallecido hace trece años.

J. M. ALFARO COOPER.

*Carta de don Alberto Brenes Córdoba,  
profesor de latín y castellano en su primera juventud,  
luégo juez y profesor de derecho,  
el más notable tratadista  
costarricense*

San José de Costa Rica, 20 de agosto de 1931.

Señor don Elías Jiménez Rojas,  
Presente.

Mi muy apreciado amigo:

Tocante a la indicación que Ud. se ha servido hacerme en su grata del 18 del actual, para que escriba y le suministre algunos datos autobiográficos con el objeto de publicarlos en sus "Apuntes", siento manifestarle que muy a mi pesar, por tratarse de Ud. a quien tanto aprecio y por lo mismo querría complacer, deseo abstenerme de escribir al respecto, tanto por creer que a nadie puede interesar—ni siquiera a mí,—la vida de un oscuro trabajador, pacífica y vulgar, como porque no me gusta aparecer en los papeles públicos, pues soy como las aves nocturnas: la luz me ofende.

Acojo con gusto esta oportunidad para significarle mi distinguida consideración.

Suyo afectísimo,

ALBERTO BRENES.

### *Importante entrevista de La Tribuna*

Dicen que cada quien habla de la fiesta según le va en ella. Como nosotros llegamos a la Casa austera y sencilla del Lic. don Alberto Brenes Córdoba bajo el aguacero de ayer tarde, es natural, que al recibir el hospitalario albergue de esa casa, lo primero que se nos ocurriera en la conversación fuera el tema de la lluvia.

A la hora de la cita, un enamorado, si la noche es de luna, no cabe duda que le dirá a la amada algo sobre el inagotable tema de la luna. Del mismo modo, nosotros hemos dicho a don Alberto que la tarde era terriblemente lluviosa.

—¿La tarde?

—Sí señor. La tarde es lluviosa.

—Es usted optimista. No solamente la tarde. Lluviosa ha sido toda la estación. Desde que comenzó a llover el mes de mayo hasta nuestros días, la lluvia es incesante. Pocos inviernos ha habido tan copiosos como este.— No ha habido veranillos, ni canículas, ni nada. Lo que ha habido es lluvia y nada más que lluvia. Y esto, que estamos principiando el mes de octubre que es, según la tradición, el peor de todos.

—Y cree usted don Alberto que la lluvia es mala?

Todo en abundancia es anormal, y lo que es anormal no es bueno.

Nos sentíamos tan a cubierto de la lluvia, en aquella sala amable y discreta, sin muebles lujosos y tan elegante, conversando con uno de nuestros verdaderos hombres de estudio, que francamente hubiéramos querido que la lluvia se hubiera prolongado por más tiempo que el que ne-

cesitábamos para agotar, no las respuestas del dilecto entrevistado, sino nuestras preguntas tan sabidas y tan de lugar común.

Dicen que las conversaciones se inician por donde menos interés existe. Y fue así cómo, para romper el hielo de la tarde, nosotros iniciámos esta conversación con el Lic. Brenes Córdoba . . .

—¿Ha leído usted algo acerca de esas ideas de adelantar las elecciones?

—Sí señor. Pero más valiera no haber leído nada de eso. Se trata de amables idealidades sin consecuencia. La Constitución es terminante sobre la materia y por más que nosotros queramos hacer de esos mandatos lo que más convenga a los intereses políticos del momento, no lo sabríamos conseguir sin antes haber roto los principios constitucionales que son el prestigio de Costa Rica. De modo pues, que todo lo que se diga acerca del particular no pasará de ser una conversación interesante. Y si por una casualidad pudiera adelantarse la fecha de estas elecciones, el tiempo en que se piensa en ello, no es el más apropiado. Cada partido habrá calculado matemáticamente sus posibilidades y su programa estará trazado en consonancia con la ley. Si ahora, por artes legales o por artes malas, se viniera a saber que las elecciones pudieran ser adelantadas, es posible que los partidos aceptaran el nuevo sistema, pero a la hora de perder, los que hubieren perdido podrán decir sin que nadie se les oponga que perdieron por haberse alterado nuestra vida constitucional. Tal vez, dos años antes se pudo haber previsto esta necesidad. Pero a la hora de ahora ya no hay más camino que el de cumplir las leyes. Antes, las elecciones eran en diciembre. La reforma constitucional dice que deben ser

en febrero. Y antes se han verificado en la fecha constitucional y ahora tienen que verificarse en esa misma fecha.

*Ha pasado el preámbulo y ahora viene la entrevista.*

Para hablar de algo, el tema era sencillo. Don Alberto entre sonrisa y sonrisa nos había dado sus ideas, sin hacer para ello esfuerzo alguno. Estos hombres lo tienen todo resuelto. Pero como después de la tempestad viene la calma, también la calma suele anteceder a la tempestad.

La pregunta que nosotros teníamos entre pecho y espalda, lista para iniciar la entrevista, no era muy cómoda.

—¿Qué piensa usted don Alberto—dijimos—de las declaraciones de Stimson acerca de la política costarricense?

—Las he leído con detenimiento. Son harto significativas. Estos políticos norteamericanos viven pendientes de nuestra vida. Las declaraciones de Stimson son una advertencia. Y son una advertencia que nosotros no desconocemos en Costa Rica. Ellos, los Estados Unidos, quieren mantener incólumes los tratados de Washington de los cuales son signatarios. Antes de esos tratados, también mantuvieron la misma doctrina para con los países centroamericanos. No sé, ni quiero saberlo, cuál será el propósito, pero es lo cierto que cuando se trata de nosotros, los Estados Unidos extreman el principio. Yo veo que en la América del Sur van y vienen gobiernos irregulares, y veo que van y vienen reconocimientos. A ellos no les importa el principio constitucional de otros países. En Centro América misma, han tenido elasticidades, por ejemplo en Guatemala, pero con Costa Rica no suelen

tenerlas. Desconocieron el gobierno de los señores Tinoco, y los señores Tinoco dejaron de ser gobierno desde ese mismo momento. La revolución fue un factor, pero un factor que había sido vencido. Lo cierto, lo que no tiene lugar a duda es que la fuerza del no reconocimiento es de una gran trascendencia entre nosotros.

—¿Y cree usted, don Alberto, que esta advertencia sea buena?

—Por lo pronto nos hace ceñirnos a los principios constitucionales. Y si no los queremos seguir, ya estamos advertidos de que cualquier gobierno que surja con quebrantamiento de la legalidad, no tendrá cuando menos la aprobación de nuestros amigos de Norte América. Y Costa Rica misma ha seguido esa norma. Don Ricardo Jiménez, no pudo reconocer a Díaz, aun cuando se lo pidieran los Estados Unidos, porque Díaz no gobernaba a Nicaragua conforme a derecho. La doctrina es buena. Y es buena especialmente para nosotros. Costa Rica es una nación pequeña y de pocos habitantes. No podemos convivir con las demás naciones del mundo, si no es sobre la base del respeto a la Constitución, a nuestros tratados y a nuestras libertades. El día que sigamos caminos oscuros, habremos desaparecido de la lista de naciones ordenadas. Y cuando desaparezcamos de esa lista, iremos a formar parte del montón de las naciones que apenas lo son por defectos de la Geografía.

### *La revolución.*

—Don Alberto—dijimos—¿qué piensa usted de una revolución?

—Sencillamente que no la creo posible. La mejor revolución que podemos tener en Costa Rica es la de no

hacer ninguna. Nuestro mejor ideal es el de mantener nuestra propia salvaguardia que es la Constitución de la República. Porque usted debe saberlo, y con usted todo el país, que en Costa Rica no hay diferencias de criterios sociales en ninguno de sus aspectos. Aquí no tenemos problemas religiosos. Aquí no tenemos problemas ideológicos. Aquí no tenemos problemas partidaristas. Aquí no tenemos siquiera el problema del proletariado y del rico. Los presidentes más liberales, suelen respetar con mayor reverencia los principios católicos, y los más extremistas sacerdotes, suelen respetar todas las religiones. No hay ni conservadores, ni liberales. Aquí no hay ni pobres ni ricos. Y en materia de ideas administrativas, todos los costarricenses estamos de acuerdo, enteramente de acuerdo. No hay quien tenga discrepancia. Por eso no creo en las revoluciones, porque las revoluciones son un producto de los grandes apasionamientos. Los costarricenses no solemos pelearnos por ideas, porque, como antes tengo dicho, estamos unísonos en el pensamiento.

Y don Alberto nos habló largamente acerca de la imposibilidad de divisiones muy enardecidas. Y como era tiempo de hablar de política, no para conocer su partidatismo, sino para conocer el panorama que sus ojos ven por encima de las pequeñas pasioncillas, preferimos hacer párrafo aparte:

### *La política.*

—Lo que yo pienso de los partidos y de los candidatos, es que nada tenemos que temer de ningunos de ellos, mientras ninguno pretenda salirse del marco constitucional. Nuestra vida es clara. Digan lo que digan los que alternan en las discusiones partidaristas, ninguno

de todos ellos es peligroso. No puede serlo. Estamos obligados a mantener la tradición costarricense, que como dice Mr. Stimson es la de no haber tenido más que una revolución en medio siglo, más o menos. Esto nos honra, y no hay político alguno de todos lo que participan en la lucha que venga a romper esta cadena invencible de legalidad y de orden. Por eso es que yo contemplo pacientemente, lleno de optimismo el problema político. Se resolverá conforme nuestras leyes lo quieren. Y no porque lo diga o no Mr. Stimson, sino porque es la norma de Costa Rica.

Y nos despedimos de don Alberto, prometiéndole una visita en la biblioteca para oír su sabia palabra acerca de otros temas.

Es un sabio. Sencillo y noble. Sin posturas y sin pretensiones. Vale la pena otra visita, y otras mil, seguros de encontrar en sus palabras muchas cosas de verdadero sentido y de exquisito jugo.

---

### *De "La Tribuna"*

Don Alfonso Jiménez Rojas nos brindó ayer la oportunidad de una interesante conversación en la que cambiámos impresiones acerca de la política económica y hacendaria del Congreso y del Ejecutivo, con motivo de la formulación de los presupuestos para el año entrante.

En concepto de don Alfonso, nada más imprudente y perjudicial a la economía del país, que los presupuestos inflados. Así se ve, cómo, por motivo de los déficits, viene en constante y escandaloso aumento la deuda pú-

blica con los no menos constantes y periódicos aumentos de los tributos, que ya resultan una pesada carga para el pueblo.

A su juicio, la situación impone una política de estricta economía en los gastos administrativos, que en ningún caso deben sobrepasar del producto probable de las rentas, fijadas éstas a base de apreciaciones cuidadosas y cálculos exactos, que es precisamente la tesis en que está inspirada la Comisión de hacienda del Congreso en los estudios que realiza para la formulación de los presupuestos.

Esas economías,—comenta don Alfonso,—pueden hacerse por varios sistemas; por el de la simplificación de servicios públicos prescindiendo de aquellos departamentos oficiales que no sean de indiscutible necesidad o por el de la reducción de sueldos; y si necesario fuere, por ambos a la vez.

En el segundo de los casos dichos las rebajas deben hacerse de modo equitativo y razonable, puesto que hay empleados que ganan bien y a quienes una reducción de los sueldos no les afectaría mayormente, mientras que a otros que están mal dotados, los colocaría en situación apurada; a éstos no habría que tocarles en nada ni para nada.

Cabe en este momento y en estas circunstancias el proceder de la política económica de don Próspero Fernández al llegar al poder y encontrarse con una de las crisis más agudas y terribles de las tantas por que ha atravesado el país; redujo el personal de la administración pública a lo mínimo y gobernó únicamente con dos ministros, el Dr. don José María Castro y el Lic. don Bernardo Soto: el primero de lo exterior y el otro de lo interior. Y

normalizó la situación. Otro caso muy especial, fue el del Dr. Durán. Llegó a la presidencia este ciudadano en situación económica menos mala que la que le cupiera en suerte a don Próspero; sin embargo gobernó únicamente con dos ministros, el Lic. don Ricardo Jiménez y el Lic. don Alejandro Alvarado García, y sus economías llegaron al extremo de *suprimir la Casa Presidencial*; despachaba en el Palacio Nacional y vivía en su casa propia.

A grandes males, grande remedios, y éstos se imponen en la actual situación; hay que entrar por el camino de las economías, procedimiento único para normalizar la situación del fisco, para evitar aumentos en la deuda pública, para conjurar el peligro de los mayores tributos y suavizar por lo menos la crisis que afecta la vida económica del país, que es muy delicada y que merece muy especial atención de parte de los estadistas encargados de resolver estos graves problemas. Para coronar con éxito esa aspiración basta con esto: decisión, orden y economía.

F. B.

30 de setiembre, 1931.

---

### *De tres reportajes del Diario de Costa Rica*

(Fragmentos)

Estamos esperando una receta en la Botica de la Dolorosa y mientras el empleado la prepara, charlamos con dos Elías Jiménez. Hablamos de la popularidad literaria, —si pudiera decirse,—de algunos de nuestros hombres.

—Don Ricardo Jiménez tiene lectores en todos los círculos y los mantiene y acrecienta. Los tenía de joven, cuando comenzaba. Porque hace años que escribe don Ricardo. Quizá nadie haya escrito más que él. A sus setenta y pico de años lo sigue haciendo con una espontaneidad asombrosa. Y su prosa gusta.

Cuando edité el tercer número de mi revista *Reproducción* pude apreciarlo: inserté una carta de don Ricardo dirigida a don Alejandro Aguilar, y referente a la "Junta de Notables". Edité unos doscientos números más que de costumbre, sabiendo que don Ricardo tiene muchos lectores, y se agotó sin embargo la edición. Después he tenido que formar colecciones y siempre falta el número tres.

—Usted, dijimos, también tiene sus lectores.

—Si no tengo muchos, sí tengo un grupo que me lee; es un público constante. Por cierto un público muy especial, hecho desde este mostrador donde atiendo a mi clientela. No lo forman estudiantes ni gentes de letras. Escritores sólo llegan por aquí Uds. los reporteros, de cuando en cuando. Mi público lo forman empleados de comercio: gente humilde que son lectores de verdad. No disponen de mucho tiempo y son exigentes. Es mi verdadero público. Aprecian las cosas a su modo y van seleccionando sus autores favoritos por lo que ellos mismos sienten.

—Se suele decir que usted es un hombre muy especial, muy retraído, muy "amargado".

—Así me calificó un extranjero que estuvo por aquí alguna vez y después escribió sus impresiones. Me hizo algunos elogios y dejó traslucir las apreciaciones que sobre mi persona recogió entre los círculos que frecuentó.

Brenes Mesén dijo alguna vez que yo me vería muy pronto solo; no sé cómo se la pasará él, pero yo no me siento aislado. Al contrario, aumenta el número de mis amistades. Son familias de mis empleados o antiguos conocidos, y como vienen nuevos hijos, aumentan mis afectos. Yo soy considerado como el abuelito.

No puede decirse, con propiedad, que soy un "amargado". Vivo contento; nunca he tenido una gran contrariedad, ni una pena abrumadora. Hasta en los negocios, no obstante mi carácter, he progresado. Más bien pudiera decir que vivo contento. La paso muy tranquilo y pienso que hasta morir lo haré muy quietecito . . .

F. M. N.

27 de agosto 1931.

\* \* \*

. . . Al entrevistarle se ha tenido un solo propósito. Conocer a este individuo que, con su labor callada, continua, de agua que no deja de correr, es uno de los indiscutibles hacedores de opinión pública en Costa Rica. Él mismo nos explica entre qué grupo de la sociedad cree ejercer mayor influencia. "Mis lectores", dice, "los que yo llamo míos, no son intelectuales ni universitarios, sino jóvenes dedicados al comercio, y pienso que me los he ganado gracias a mi laconismo". El periodista le ha dicho algo de "su estilo corrosivo"; y él explica que se hace confusión al respecto; que su estilo es suave, como su índole toda; que es su laconismo lo que produce la impresión expresada. "De esos jóvenes dedicados al comercio", prosigue don Elías, "hablo yo con orgullo: a mí me parecen la clase social más inteligente. Un tonto puede llegar a la dirección de una escuela y permanecer en

ella hasta el día de la jubilación ; pero ningún tonto puede conservar su puesto en una casa de comercio”.

Para darle consistencia al reportaje, optamos por charlar con don Elías acerca de las noticias del día. Se impone la de la nota trascendental del Gobierno mexicano a la Liga de Naciones. Con su voz velada, apagada, fría, lenta, don Elías dicta su comentario que el periodista escribe literalmente :

“No soy versado en esas cosas, y no las entiendo. Pero me parece que la Doctrina de Monroe es algo que los norteamericanos tienen para su propio uso. Así, pues, esa nota de México, como la que acerca del mismo asunto dirigió Costa Rica en otro tiempo a la misma Liga de Naciones, me parece sencillamente una salida de tono. Es cuanto tengo que decir”.

Respecto de Gabriela Mistral no es menos franco. “El juicio que Gabriela Mistral ha hecho de Sarmiento y de Vasconcelos, en lo que les dijo a los maestros”, dice, “me ha desilusionado. Las primeras producciones de Gabriela Mistral no me gustaron. Entre las últimas, hay muchas dignas de aplauso. Pero esta declaración acerca del papel que han hecho en América Sarmiento y Vasconcelos, me descubre un fondo de gran ignorancia, en lo que concierne a la historia de la pedagogía en nuestro continente.

“No le diré nada de Vasconcelos, a quien yo no llamo famoso sino ruidoso ; pero le diré de Sarmiento, cuya influencia se hizo sentir en toda América, que a él debemos en gran parte la falta de solidez de los estudios que se hacen hoy en las escuelas primarias y en las de segunda enseñanza. Sarmiento quiso lo útil, lo inmediatamente práctico, y nos hizo caer así en lo perfectamente inútil”.

. . . Refiriéndose al juicio del señor Secretario de Educación Pública respecto de la *Cartilla Histórica* de don Ricardo Fernández Guardia, dice, pero sin cambiar del tono gélido que parece no abandonar nunca:

“Me parece una injusticia la del Ministro de Educación para con don Ricardo Fernández Guardia, porque bien se sabe que este gran escritor ha hecho un esfuerzo por ser imparcial. La *Cartilla* de don Ricardo Fernández es un verdadero modelo en su género. ¡Ojalá tuviéramos textos parecidos para todas las otras asignaturas!”

. . . . .  
Pero lo más sabroso de la conversación de don Elías,—lo que tiene más que nada el sabor suyo,—es lo que de tres grandes luces de la humanidad dice:

“Recientemente se ha estado nombrando a Bernard Shaw, a Romain Rolland y a Einstein, a propósito del pacifismo a este último, y a los otros con motivo de la simpatía por el bolshevismo del segundo y por haber abrazado el comunismo el primero. Y bien, le diré, para que se sorprenda, que la importancia que se da a la opinión de esos tres señores, en materia de sociología, es para desalentar a cualquiera.

“Einstein es matemático. En sociología va a oscuras. Bernard Shaw no puede ser tomado en serio. La lectura de lo que él escribe es provechosa, por lo mismo que él se complace en presentar las cosas bajo una luz fantástica. Shaw habla por ejemplo de la máxima que es la base de todas las morales, la de Confucio, la de Jesús: “No hagas a otro lo que no quieras que te sea hecho”, y dice:— ¡Qué locura! ¿Por qué he de imaginarme yo a los demás como semejantes a mí mismo? ¿Acaso todos los gustos son iguales? A mí no me gusta que me pinchen con un

alfiler; pero no tengo derecho para suponer que otra persona se encuentre en mi mismo caso. ¡Tal vez a ella le guste que la pinchen!

“De Romain Rolland algo he escrito ya en mis *Apuntes*. Es un literato del tipo de los que quieren a todos porque no quieren a nadie. No le importa su casa, no le importa su patria, y aparece como desvelándose por lo que acontece en las estepas de Rusia. Se hizo famoso por su grito contra la guerra, en 1914, y hoy admira las organizaciones estatistas, que conducen indefectiblemente a la guerra”.

11 de setiembre 1931.

S. DE LA S.

\* \* \*

Varias veces le buscámos en su despacho, y siempre obteníamos la misma respuesta: “Está muy ocupado. La mejor hora para verlo, para asuntos personales, es de once y media a doce y media”.

Esto era como decir mañana; ya había pasado la hora de audiencias. Pero contra eso estaba nuestra insistencia periodística; volvimos poco antes de las siete de la noche. Estaba en el despacho de su botica, ayudando en la tarea a sus dependientes. Las boticas tienen rachas: el movimiento tiene sus horas especiales, una de ellas entre siete y ocho. Las madres se acuerdan de que falta el alcohol para la fricción o el aceite, cualquier cosa: la cuestión es comprar algo en la botica.

Al vernos, don Elías sonrió y dijo,—mientras vaciaba algún espíritu en el envase que había entregado un cliente: —Aquí estoy vivo; no me he muerto.

Comprendimos el alcance de su frase. Recordaba el último reportaje que le hizo un colega, que parecía un estudio fisiológico.

Hacemos algunas preguntas como exploración.

—Hum! Reportajes nó. Dijo don Elías.

—¿Vió el importante artículo de don Eduardo Fournier Quirós publicado en la edición del domingo del *Diario*? Pertenece a una serie que nos envió desde Madrid. Aboga por el restablecimiento de la Universidad, pero no es partidario de la libertad de enseñanza. Implantarla, dice, es cederle el campo a la escuela confesional dogmática y sectaria.

—Ya parte de un error; del mismo error que tuvieron los liberales que mataron la Universidad. Se acabó con la Universidad para que no vivieran los colegios religiosos y allí están el Seminario y el Colegio de Monjas de Sión.

Lo que se decía que no podía vivir fue lo que vivió. Cuando existió la Universidad llegámos a contar varios colegios privados de segunda enseñanza, con la escasa población de entonces, y todos vivían, religiosos o laicos.

Se dijo entonces que se daba al Estado la suprema dirección docente para matar la iniciativa de los elementos religiosos.

Se olvidó que un particular que no cuenta con la fuerza de que dispone una congregación religiosa, no puede hacerle frente al Estado. Todos los intentos posteriores, para fundar colegios particulares, han fracasado. En cambio los colegios de las comunidades se mantienen y prosperan. Estos han vivido a pesar de la centralización.

Yo veo un error, una contradicción en esa idea del señor Fournier de pensar en restablecer la Universidad y al mismo tiempo querer que el Estado sea quien tenga la dirección docente,—es decir querer que sea el Poder Ejecutivo quien regule la enseñanza.

¿Para qué entonces la Universidad? La palabra Universidad no tiene sentido ahí donde no hay institutos docentes de DIVERSOS grados y diversas índoles UNIDOS por un interés común. La Universidad hace posible que yo pueda tener mi colegio: mis alumnos, se gradúan ante un cuerpo que no tiene que ver con las autoridades políticas. Como la mayoría, por no decir todos los jóvenes, corren tras los títulos, cuando no existe una Universidad independiente del Poder político, que otorgue esos títulos, no pueden vivir las escuelas privadas, salvo si estas son confesionales.

Recuerdo con simpatía el caso de los poco liberales franceses que pedían la libertad de enseñanza en los años de mi juventud. ¿Cómo, les decían sus colegas, sois jesuitas? Y ellos respondían con serenidad: —Pues, si estar del lado de la libertad es ser jesuita, somos jesuitas.

He sido siempre un partidario del restablecimiento de la Universidad. Pero ahora pienso que, en mi vejez, sería como un castigo para mí verla renacer.

Y precisa restablecerla. Faltan hombres, se dice, y para que los haya es necesaria la Universidad.

Pero, lo juro, la nueva Universidad tendría al comienzo directores de un nivel más bajo que los que tenía la antigua al morir.

Es el mismo fenómeno que se ofrece en cualquier organismo. La condición primaria para que ese organismo se perfeccione, es que exista. Hay que pensar en la selección de hombres que se hubiera efectuado dentro de la Universidad en el curso del medio siglo que ha transcurrido.

—En los comentarios oídos en la calle, se habla de importar elementos para contar con un grupo dirigente

selecto, agregados a los que ya cuenta el país. Ud. mismo estaría allí muy bien.

—¿Importar? ¿Acaso habría quien pensara en importar un presidente? Una Universidad es una república dentro de otra república. Es la república intelectual.

*Un paréntesis político.*

Cuando don Elías dejó de hablar, y parecía haber puesto punto final al tema, nosotros agregámos, cambiando de asunto:

—¿Ha visto que silencio político? Para quienes piensan que las campañas políticas deben ser menos personalistas, más serenas, esto ha caído de perlas. Otros se duelen de aquellos momentos pasados, iniciales, dijéramos, en que los fuegos caldeaban el ambiente, dando a los periodistas abundante material.

—Ya Rómulo Tovar lo dijo muy bien: todo necesita sus intervalos de descanso; hasta los pugilatos.

Calló don Elías y nosotros recordámos unos párrafos suyos escritos en 1913.

“Se afirma corrientemente que las luchas políticas de Costa Rica no son luchas de ideas. Se dice que los partidos se forman en torno de los candidatos a la Presidencia de la República y se observa que estos candidatos son por lo regular de una misma especie: semejante escuela económica, semejante escuela filosófica, semejante credo social. Se dice, pues, que se trata de incomprendibles luchas de personas y por personas.

Y se pregunta úno: ¿Cuándo y dónde han sido luchas de ideas las luchas políticas? Las ideas están en todo, pero en política es en lo que menos están. En Costa Rica, como en el resto del mundo, instintos, pasiones, senti-

mientos, intereses, forman la trama de las divisiones políticas. Por lo mismo son tan hondas estas divisiones y tan agrias y estériles estas luchas”.

F. M. N.

29 de setiembre, 1931.

---

### *De Inglaterra*

En *Le Matin* del 13 de agosto refiere L. Forest su conversación con un amigo inglés. Traducimos algunas palabras:

—Inglaterra está muriéndose de socialismo. El Estado lo anemiza todo. El impuesto ha querido redistribuir la riqueza y la ha matado. Inglaterra es como una soberbia locomotora que tiene cuanto precisa para marchar, excepto la fuerza motriz. El socialismo la ha privado del resorte esencial.—Hay en mi familia jóvenes fuertes y serios, pero que no hacen nada. Son vagabundos de lujo. Cuando los regaño me replican: “¿Para qué trabajar o emprender? Estamos agarrados en un dilema: por nuestra actividad, o ganamos, o perdemos. Si perdemos, nadie se dolerá de ello. Si ganamos, el Estado nos despoja de la casi totalidad de la ganancia, de modo que no podemos transmitir a los nuestros sino migajas. Es mejor entonces no moverse, puesto que no contamos en firme sino con los riesgos”. Y estos jóvenes se agotan en diversiones y se comen lo que pueden, por temor de que otros les quiten lo suyo.

---

*De Krishnamurti*

Puesto que no puede lograrse la verdad, que es la perfección, en una sola vida, ¿hemos de creer que la consciencia sobrevive a la muerte y que esa consciencia vuelve a la tierra en alguna forma, que es lo que se llama reencarnación?

La reencarnación no ha de convertirse en dogma, en creencia por la que luchen las gentes. No es más que un puente para la comprensión. Después de todo, lo que importa es que una vida condicionada—la verdad que es vida, y que al principio se halla condicionada—se perfeccione librándose de todas las cosas. Ese es el cumplimiento pleno de la finalidad de la vida, y yo sostengo que para el hombre sensato, para el que lleva en sí un deseo ardiente, es posible lograrlo en una sola vida. No convirtáis esto tampoco en un dogma ni en una creencia. Quizás resulte que tarde muchas vidas sucesivas en lograrlo, y podéis llamar a eso reencarnación o consciencia sin solución de continuidad. No tiene eso mucha importancia. Lo que sí importa mucho es que ahora perfeccionéis y liberéis esa vida que alienta dentro de vosotros; ahora, y no en alguna época futura. ¿De qué sirve que lleguéis a ser una criatura poderosa en un remoto porvenir? Eso no es más que una esperanza que se agita danzando ante vosotros.

\* \* \*

El problema individual es el problema del mundo. La comprensión individual de la vida constituye la comprensión del mundo.

\* \* \*

La victoria, el logro individual, es el único sendero hacia la comprensión de la verdad. No puede comprenderse colectivamente, porque cada cual interpretará la verdad de distinto modo, según su punto de vista, hasta que llegue definitivamente a la meta donde existe la eterna unidad. No hay convergencia de lo colectivo y lo individual. ¿Qué es lo que compone la colectividad? Vosotros y yo. Si en ese conjunto las unidades separadas, los individuos, no son felices, la masa será desdichada. Mientras el individuo no haya establecido el orden dentro de sí, mientras no haya encontrado la serenidad, la tranquilidad que resulta de la visión de la meta definitiva, creará desorden, desdicha, malas interpretaciones y confusión, como los estáis creando vosotros todos actualmente. El orden momentáneo no tiene importancia; por el contrario, lo que debéis establecer es el orden que perdure, porque haya sido fundado sobre aquello que es eterno.

---

### *Sociedad de las Naciones* *Reforma del Calendario*

La Comisión de comunicaciones y de tránsito preparó, durante su última reunión, un informe final sobre la reforma del calendario. Este informe se encuentra actualmente en manos de los Gobiernos para que lo examinen y den a conocer su opinión antes de la reunión de la Conferencia general de comunicaciones y de tránsito, que tendrá lugar en Ginebra en el mes de octubre próximo.

El problema de la reforma del calendario ha sido estu-

diado por los comités nacionales de diferentes países, y ha sido igualmente objeto de estudio por parte de las autoridades religiosas y de las organizaciones económicas.

La Comisión de tránsito hace notar en su informe el aspecto económico y social del problema. También insiste sobre el carácter religioso de la cuestión, estipulando que sobre este punto se ha subordinado su solución a las autoridades religiosas.

El informe expone los numerosos inconvenientes que causa la falta de estabilidad de la fiesta de Pascua florida, la cual tiene lugar entre el 22 de marzo y el 25 de abril, y de otras fiestas movibles. Estos inconvenientes afectan en numerosos países la vida universitaria, la actividad judicial y los intereses comerciales, los transportes, el turismo y todos los intereses conexos. En vista de estos inconvenientes, varias organizaciones, como por ejemplo la Cámara de Comercio Internacional y la Unión internacional de ferrocarriles, opinan que la elección de una fecha fija para la fiesta de Pascua sería de interés general. Las administraciones ferroviarias han hecho notar que a causa de la movilidad de la Pascua florida, Pentecostés se encuentra algunas veces en el horario de verano y otras en el de invierno, lo cual ocasiona molestias a la organización de los servicios. Los centros docentes se encuentran en mayoría favorables al principio de la estabilización. Por otra parte, la casi totalidad de los Comités nacionales para la reforma del calendario señalan igualmente la existencia de un deseo unánime en este sentido. Según la opinión general, debería celebrarse la fiesta de Pascua florida el domingo que sigue al segundo sábado del mes de abril.

Las únicas reservas sobre el particular han sido inspi-

radas por consideraciones de orden confesional, y tienden a dejar la decisión a las autoridades religiosas.

El informe explica la actitud de las autoridades religiosas, fundándose en las informaciones recibidas del Nuncio apostólico en Berna, del Patriarcado ecuménico de Constantinopla, del Arzobispo de York, de diversas comunidades protestantes, etc.

En lo que se refiere al Calendario gregoriano, el informe recuerda que sus principales imperfecciones consisten en la desigualdad de las divisiones del año y la falta de inmovilidad.

Los diferentes proyectos que el Comité tuvo que examinar se subdividen en dos grupos. Unos tienden a igualar los trimestres sin instituir un calendario perpetuo (trimestres de dos meses de 30 días y un mes de 31 días, y además un trimestre que cuente con un día suplementario). Los otros proponen la institución de un calendario perpetuo de 364 días más un día suplementario o dos en los años bisiestos.

El informe hace ver las ventajas y los inconvenientes de estos diversos proyectos, y resume las tendencias de la opinión pública con respecto a la oportunidad de una reforma del calendario. Hace observar por último que las autoridades religiosas no se muestran contrarias a una reforma del calendario, pero que el principio de un día "complementario" encuentra cerca de ciertas comunidades una oposición basada en consideraciones dogmáticas.

---